

pedición. El papa Eugenio III temía la preponderancia que el proyecto de cruzada concedía á los normandos de Italia. El emperador se negó á sacrificar al rey de Sicilia su alianza con Manuel Comneno. San Bernardo sostuvo al abad de Saint-Denis, pero había salido tan malparado de su propia cruzada, que no logró vencer la indiferencia y tibieza generales.

Suger, reducido á no contar con nadie más que consigo mismo, anunció el proyecto de verificar la cruzada á riesgo suyo y bajo su dirección personal; alistó algunos millares de hombres, envió fondos á Jerusalén, y se preparaba á salir de Francia cuando Dios se sirvió llamar á aquel anciano de setenta años á la peregrinación suprema, aquella de que no debía regresar (13 de enero de 1151).

«Es un hecho probado que, desde que el abad de Saint-Denis fué llamado á consejo del príncipe hasta el momento en que dejó de vivir, el reino gozó de una prosperidad continua, extendió ampliamente y útilmente sus límites, triunfó de sus enemigos y alcanzó un alto grado de esplendor. Pero apenas fué borrado este hombre del número de los mortales, se resintió la Francia gravemente. Así la vemos hoy, por faltarla un tal consejero, despojada de su ducado de Aquitania, una de sus provincias más importantes.» La historia puede responder de este juicio pronunciado por el biógrafo de Suger.

CAPITULO II

LA PRIMERA LUCHA DE CAPETOS Y PLANTAGENETS

I. El divorcio de Luis VII y de Alienor. Formación del imperio angevino. Las primeras conquistas de Enrique II. — II. Luis VII y Federico Barbarroja. El incidente de Saint-Jean-de-Losne. — III. El papa Alejandro III en Francia. Enrique Plantagenet. — IV. La cuestión de Tomas Becket. — V. Luis VII y la extensión del poder moral de la realeza. — VI. La guerra de 1173 y los últimos años de Luis VII. — VII. El gobierno de Luis VII.

1.—*El divorcio de Luis VII y de Alienor. Formación del imperio angevino. La primeras conquistas de Enrique II (1).*

A la muerte de Suger se suceden una á otra las desgracias sobre Luis VII: la realeza retrocede largos años en prosperidad; su patrimonio vuelve á contar los mismos límites que contaba el de Felipe I: el porvenir parece comprometerse.

El repudiar á la reina Alienor fué una de las mayores faltas, cometidas, es cierto, en época en que los soberanos no sabían todavía sacrificar sus conveniencias particulares á la razón de Estado.

«En 1152, cuenta un fraile de Saint-Germain des Prés, algunos parientes del rey se avistaron con él para decirle que existía entre él y la reina un grado de con-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Guerrier, *Le divorce de Louis VII et d'Eléonore d'Aquitaine*, en las «Mémoires de la Société d'Agriculture, Lettres et Arts d'Orléans», tomo XXIII, 1882. Vacandard, *Le divorce de Louis VII*, en la «Revue des Questions historiques», tomo XLVII. Elie Berger, *La formule «rex Francorum et dux Aquitanorum» dans les actes de Louis VII*, en la «Bibliothèque de l'École des Chartes», tomo XLIV, 1884. Tamizey de Larroque, *Observations sur l'histoire d'Eléonore d'Aquitaine*, en la «Revue d'Aquitaine», 1864. Kate Norgate, *England under the angevin Kings*, 1887, tomo I.

sanguinidad y le prometieron afirmarlo con juramento; lo que sabido del rey, no quiso conservar por más tiempo á su esposa contra lo ordenado por la ley canónica. A causa de esto, Hugo, arzobispo de Sens, llamó á su presencia á los dos esposos en el castillo de Beaugenci, donde se reunieron el viernes antes del domingo de Ramos (24 de marzo). Encontrábase además 1152 en él Sansón, arzobispo de Reims; Hugo, arzobispo de Ruán, el arzobispo de Burdeos, algunos de los sufragantes y buen golpe de príncipes y barones del reino. Cuando estuvieron reunidos, los parientes del rey pronunciaron el juramento prometido. Y así fué disuelto entre ellos el nudo del matrimonio. Después de lo cual Alienor volvióse prontamente á sus tierras de Aquitania.»

Este relato oficioso nos indica lo que el gobierno real quería hacer saber ó dejar creer á la opinión. Pero evidentemente la escena de Beaugenci no fué más que una manifestación pública de una resolución tomada de antemano, sobre la que los dos interesados se habían puesto de acuerdo. La razón de consanguinidad, en la que ya ciertos historiadores del tiempo no veían más que un pretexto (2), no basta para justificar una decisión semejante, porque la ley canónica fué interpretada en esta circunstancia más rigurosamente que de costumbre. Si la meticulosa devoción de Luis VII pudo inquietarse por un lejano parentesco, denunciado desde hacia tiempo ya por algunos rigoristas, la religión estaba en este caso de acuerdo con otro móvil más interesado. Quiso separarse de Alienor porque juzgaba que su dignidad le impedía mantenerla por más tiempo al lado suyo. La reina tenía, por otra parte, otro inconveniente, del que es curioso no hablen los historiadores de aquel tiempo. Después de doce años de matrimonio no había dado al Capeto todavía el heredero varón que debía asegurar el porvenir de la dinastía.

Habiéndose declarado conforme con el divorcio una reunión imponente de eclesiásticos franceses, San Bernardo, por otra parte, poco amigo de la reina, no podía intervenir y guardó silencio. El papa Eugenio III, no queriendo ó no pudiendo, por razones políticas, violentar la voluntad de Luis VII, cerró los ojos.

Los resultados del divorcio fueron desastrosos. Alienor casó con el joven Enrique Plantagenet, conde de Anjou y duque de Normandía, á los dos meses escasos de la ruptura (mayo de 1152). Luis se obstinó, sin embargo, en conservar sobre sus diplomas y sobre su sello el título de duque de Aquitania. Representaba como tutor á sus hijas María y Alix, y éstas, á pesar del segundo matrimonio de su madre, conservaban sus derechos eventuales sobre el ducado. Además, no admitía la legitimidad de un matrimonio contratado sin el consentimiento del soberano, con violación de la ley feudal. Citó ante su corte al conde de Anjou, y como no se presentara, pronunció la confiscación de sus feudos. Pero ¿qué importaban estas demostraciones judiciales? Sólo la guerra podía desanudar esta crisis.

De hecho, había comenzado poco después del matrimonio de Alienor y Enrique, y duró cerca de dos años.

(2) El cronista Gervasio de Cantorbery no vacila en afirmar que la razón alegada fué poco seria (*imago consanguinitatis*) y que el divorcio fué obtenido por un juramento lleno de artificio (*artificioso juramento*).

La situación del conde de Anjou era comprometida. Los de Aquitania se movían en el Mediodía. Su hermano Godofredo se rebelaba, arrastrando una parte de los angevinos. En Normandía, como en Inglaterra, Enrique estaba siempre en querella con la casa de Blois. Finalmente, Luis VII había formado contra su rival una coalición en la que entraban el nuevo conde de Champaña, Enrique I *el Liberal*; Eustaquio, conde de Boulogne, hijo de Esteban de Blois, y el capeto Roberto, conde de Dreux, enemigos los tres del Plantagenet. Thierry de Alsacia, conde de Flandes, debía un poco después unirse á esa liga. Los aliados habían combinado un plan de ataque y se habían repartido de antemano Anjou, la Normandía y la Aquitania. Si hubiera dirigido la liga un hombre enérgico y pronto, Enrique estaba perdido, la dominación angevina ahogada en germen, y los destinos de Francia marchando por otra vía.

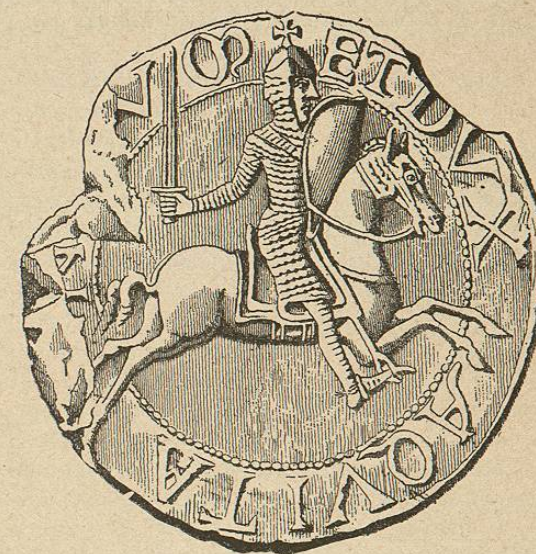
Entonces se pusieron de manifiesto los cambios profundos que se habían operado en Luis VII después de las humillaciones de la cruzada. El rigor de que había dado muestras en tiempos de sus guerras con Inocente II y Thibaut de Champaña ha desaparecido. En vez de poner el pie en el corazón de Normandía y de Anjou para dar su mano á los rebeldes angevinos y á los partidarios de Esteban de Blois, se detiene en el dintel de la Normandía en el Vexin, donde sitia villas fronterizas. Cuando parece acudir Enrique, retrocede y se inmoviliza detrás de Chaumont ó Mantes. Da tiempo al Plantagenet de acudir al castigo de sus barones rebeldes y de restablecer el orden en sus feudos; acuerda luego una tregua de la que Enrique se aprovecha para intentar un golpe de audacia, pasando la Mancha, poniéndose al frente de sus partidarios y atacando á Esteban de Blois que le disputaba la corona inglesa. Durante seis meses Luis VII le deja tranquilo; finalmente hace un esfuerzo, sitia y toma á Vernón. Pero 1154 cuando Enrique reaparece en Normandía, en abril de 1154, la muerte de Eustaquio de Boulogne había hecho de él el heredero designado de Esteban. Pasaba virtualmente á ser rey.

Luis VII olvidó su venganza y firmó la paz (agosto de 1154), dándose por dichoso de no ver en nada merados sus dominios. Restituyó las dos únicas fortalezas que había tomado, Vernón y Neufmarché, renunció á usar el título de duque de Aquitania y recibió una indemnización de 2.000 marcos. Cuatro meses después moría Esteban de Blois, y Enrique de Anjou, dueño de tres condados y de dos ducados, recibía á mayor abundamiento, en Westminster, la corona real de Guillermo *el Conquistador*. Al rey de París se oponía el rey de Inglaterra, señor de Angers, de Ruán y de Burdeos. Y este rey de veintidós años no era superior á Luis VII solamente por el poder: le era mil veces más superior por el espíritu político, el talento militar, la actividad y la energía.

Tenía el Plantagenet todas las felicidades. Le había nacido en 1153 un hijo, á quien tres otros siguieron de cerca (1). Los ingleses le consideraban como un salvador. Encontrando aniquilada la obra administrativa y política de Enrique I, tuvo Enrique II que reconsti-

(1) Enrique en 1155, Ricardo en 1157, Godofredo en 1158, sin contar una hija, Matilde, nacida en 1156.

tuir la sociedad y el gobierno. Desde 1154 á 1158 trabajó en ello sin descanso, activamente secundado por el arzobispo de Cantorbery, Teobaldo, y por dos consejeros íntimos, Ricardo de Luci y Tomás Becket. Este último, hijo de un rico comerciante de Londres, archidiacono de Cantorbery, clérigo de grandes vuelos, hermoso, espiritual y elocuente, era su amigo del alma, el compañero preferido de sus placeres y de sus trabajos. Se hizo rápidamente canceller; es decir, el primero de los funcionarios de palacio, encargado sobre todo de



Sello de Luis VII como duque de Aquitania

los nombramientos eclesiásticos y de las relaciones con el continente.

Cuatro años bastaron á Enrique para limpiar la isla de los vagabundos que la guerra civil había hecho abundantes en ella; demoler las fortalezas levantadas por los nobles, reconquistar los bienes y los castillos de la corona que los particulares se habían atribuido y reorganizar la corte del rey y el tribunal del fisco. Fué necesario reducir por la fuerza á algunos altos barones, le conde de Aumale, Roger de Hereford y Hugo Mortimer. Pero tamañas ejecuciones no asustaron á la pública opinión, que deseaba un poder fuerte. El angevino, para no inquietar á sus súbditos, había concedido, desde su advenimiento al trono, «la confirmación de todas las libertades y costumbres de que habían disfrutado hasta los tiempos de Enrique I,» promesa vaga y que no debía llevarse á la práctica.

Enrique tenía necesidad de los recursos de todo su reino. Quería, antes que nada, someter la isla entera, domando las tribus medio salvajes del país de Gales y haciendo del rey de Escocia un tributario y un obediente vasallo. Estaba decidido á conquistar la Islandia céltica. En el continente le pertenecía el Oeste de la Francia, desde el Somma hasta los Pirineos, salvo la Península Bretona. Esta salvedad tenía que desaparecer: era lógico que todas las bocas de río y todos los puertos de la Mancha y el Atlántico estuvieran sometidos al señor de las costas inglesas. Por otra parte, el ducado de Normandía era una propiedad incompleta, mientras que Gisors y el Vexin, la Marca Normanda, continuasen en poder del rey de Francia. Como duque de Aquitania

tenía asimismo Enrique II, en el Norte, pretensiones á la Auvernia y al Berri, y en el Sudoeste, á la ciudad y condado de Tolosa, que habían en repetidas ocasiones invadido los abuelos de Alienor.

Encerrar por este medio al rey Capeto en el círculo de sus posesiones inmediatas, aniquilar su acción sobre el reino, aislarle y separarle de las alianzas hábilmente concertadas con las monarquías de Europa y dejarle en impotencia tal que el más ligero esfuerzo bastara á derrocarlo, he aquí la ambición de Enrique Plantagenet. Y por todas partes puso manos á la obra con aquella rapidez de acción que debía hacerle triunfar casi por completo.

Después de 1155 reunió en Winchester una asamblea magna: dió parte á los barones de sus propósitos de conquistar Irlanda, y obligándole su madre Matilde, por razones que ignoramos, á demorar la empresa, se desquita haciendo una primera incursión en el país de Gales (1157). En el mismo año obliga al rey de Escocia, Malcolm, á rendirle homenaje en Chester y recorre vencedor desde Cumberland á Northumberland.

1155 Pero ya comenzaba á tentarle la tierra firme, porque Enrique II era un continental, un angevino antes que todo, tan francés como el propio rey de Francia. La Inglaterra no será nunca para él sino un punto de apoyo, una mina de oro; y antepondrá siempre sus castillos del Loira ó del Sena á su morada de Londres. Para comenzar quiere ser el señor único de Anjou, donde su hermano Godofredo le hacía competencia. Este invoca el testamento paternal que dicen le autorizaba, si su hijo mayor llegaba á ser rey de Inglaterra, á conservar dominio sobre Angers y Mans. El mismo Enrique había jurado respetar esta decisión. Pero se hizo dispensar del juramento por el papa Adriano IV, un inglés. Godofredo, despojado de sus castillos de Mirebeau y Chinón, abdica de toda pretensión y se contenta con el usufructo de una renta. Y por un afortunado acaso este hermano llega á ser el instrumento político de Plantagenet sobre los países vecinos.

La Bretaña se veía constantemente combatida de los barones que se disputaban su ducado. Por sí misma solicitó finalmente la intervención extranjera. En 1156, la ciudad de Nantes, rechazando por igual á Houel, Eudo y Conán IV, escogió como señor á Godofredo de Anjou. De este modo pusieron pie en Bretaña los angevinos, para no salir jamás. Cuando Godofredo murió sin hijos en 1158, su hermano, invocando un derecho más que dudoso, reclamó la herencia. El heredero legítimo era más bien el conde Conán IV; pero el pobre bretón, amenazado por Enrique II, se avista con él en Avranches, donde había establecido su corte, rodeado de un ejército pronto á entrar en campaña, y deposita en sus manos el condado de Nantes. La anexión de toda la Bretaña será únicamente una cuestión de tiempo.

No hay lugar del imperio continental de Enrique II donde no le veamos preparar ó efectuar una conquista. Toma Amboise y Freteval (tratado de 1158) á Thibaut V, conde de Blois y Tours, y á Rotrou, conde de Perche, su fortaleza de Bonmoulin. En los comienzos del 1159, Enrique, que había celebrado las Navidades en Cherburgo, se trasladó de repente por el Garona á Blaye. Recibe allí la visita del soberano de Cataluña y Aragón, el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV,

que firma con él un tratado de alianza, cimentado por un casamiento (1). Y es que el emperador resuelve hacer valer los derechos más ó menos fundados de los duques de Aquitania sobre Tolosa y piensa apoderarse del Langüedoc. Además del catalán proclárase otros aliados, la mayor parte de los barones del condado de Tolosa, y entre ellos el vizconde de Beziers, Raimundo Trencavel, y Guillermo, señor de Montpellier. Si los proyectos de Enrique se realizan, si llega á reinar desde Bayona á Montpellier, como reina ya desde Bayona á Ruán, la dinastía de los Capetos habrá dado fin. Ya parece que Luis VII haya caído. Cuando el conde de Flandes partió para Jerusalén en 1157, confió la guarda de su hijo y su condado, no al rey de Francia, su señor natural, sino al jefe del imperio angevino.

Mientras tanto Luis VII hacía pacíficamente política matrimonial. En 1154 había vuelto á casarse con una hija del rey de Castilla, Constanza; y al mismo tiempo cedía su propia hermana, llamada también Constanza, al conde Raimundo V, restableciendo de esta suerte entre la casa real y el Langüedoc relaciones interrumpidas desde el siglo IX. Se hizo, por lo demás, más devoto que nunca, multiplicando las buenas obras y redoblando las complacencias para con los clérigos.

En 1155, encontrándose demasiado lejos de París para volver á entrar antes de la noche, se detiene con el fin de recogerse en Créteil, villa perteneciente al Capítulo de Nuestra Señora, y se alberga en ella, según costumbre, á expensas de los habitantes. Había olvidado que esta localidad no formaba parte del dominio real. A la mañana siguiente, cuando quiere volver á entrar en Nuestra Señora, encuentra las puertas de la catedral cerradas, pide una explicación y recibe una dura reprimenda de los canónigos por haber violado los privilegios de la Iglesia. «Quedóse allí á hacer oración delante de las puertas cerradas, como un manso cordero,» añade el cura de Nuestra Señora que nos pone en conocimiento de esta anécdota. Vióse obligado á humillarse y reparar públicamente la ofensa inferida á Dios, ó cuando menos á sus representantes.

Marchóse á España á hacer una peregrinación á Santiago de Compostela en el preciso momento en que su rival se hacía coronar rey de Inglaterra. En lugar de intentar romper el círculo en que su enemigo le iba encerrando poco á poco, se contentaba con mantenerse á la defensiva por la parte de Normandía. Desperdiciaba su tiempo y su dinero en socorrer á los monjes de Vezelai contra su perseguidor el conde de Nevers, á los abades y obispos de Borgoña contra el conde de Macón y al señor de Gien contra el conde de Sancerre. Quizá creía desquitarse, haciéndose la ilusión de un poder soberano, cuando en la gran asamblea de Soissons (4 de junio de 1155) decretó una paz que debía durar diez años y extenderse á todas las iglesias, á todos los cultivadores y á todos los comerciantes del reino. Fué una orden verdadera de carácter general; la primera así concebida que salió de la cancellería de un rey Capeto: su único defecto era ser inaplicable, y de hecho dejó de aplicarse.

Ese rey de Francia que legislaba con los vultros de un emperador carlovingio, perdía la noción de su ver-

(1) Una hija del príncipe español estaba prometida con uno de los hijos de Enrique II, Ricardo, de edad de dos años entonces.

dadero poder sobre su reino. Extremó su debilidad y su ceguera hasta el punto de establecer alianzas con el vasallo que le despojaba. El 31 de agosto de 1158 se encuentra con Enrique II sobre la frontera de Vexin, cerca de Gisors, y firma un tratado. El hijo mayor del rey de Inglaterra, Enrique, de edad de tres años, debía casar con la hija tercera de Luis VII, Margarita, una niña de seis meses. Luis se comprometía á cederla en dote Gisors, Neauphle y el Vexin, comarca que permanecería bajo la salvaguardia de los templarios en espera de que los prometidos alcanzasen su edad núbil.

1158 Por su parte Enrique II asignó á su hijo una renta crecida, la villa de Lincoln en Inglaterra y la de Avranches en Normandía.

Un mes después llega el rey de Inglaterra á París, donde se había hecho preceder por su canciller Tomás Becket y una embajada fastuosa. Es acogido como el mejor de los amigos y parientes: se le deja partir con la pequeña Margarita, hasta se le permite usar del derecho, muy problemático sin duda, que reclamaban los condes de Anjou, de ejercer funciones de senescal de Francia, es decir, jefe del ejército y del palacio.

El primer uso que hace Enrique II de la liberalidad de su aliado es entrar en la Bretaña francesa y echar definitivamente mano de Nantes. Luis VII no protesta ni reclama nada. Escoge, por el contrario, este momento para emprender una nueva peregrinación en los Estados del Plantagenet al monte San Miguel. Para hacer honor á su huésped y devolverle sus finezas, Enrique le acompaña y le reconduce hasta Ruán, después de haberle colmado de atenciones y regalos.

El acuerdo de 1158 no significaba para el rey de Inglaterra más que el medio de guardar en rehenes á una hija del francés y apoderarse sin derramamiento de sangre del Vexin; esa llave de Normandía, que los franceses habían logrado á cambio de tantos sufrimientos. Luis VII hubiera podido prever que los templarios encargados de la guardia de Gisors no podrían resistir á las amenazas ó al dinero del rey de Inglaterra, y que iba á perder, por consiguiente, al mismo tiempo la hija y el dote. Para obligarle á abrir los ojos fué preciso que le mostraran á Enrique II pronto á apoderarse de Tolosa, expropiando á Raimundo V. Era tan evidente y próximo el peligro, que Luis VII se decidió á ponerse en acción. Ya era tiempo.

La asamblea general de los señores y barones del dominio de los Plantagenet se había reunido en Poitiers, donde Tomás Becket y el rey de Escocia, Malcolm, se unieron á Enrique II. Este había hecho pesar sobre el clero de todos sus Estados tributos que ascendían á sumas enormes para subvenir á los estipendios de la empresa. Un formidable ejército, «como jamás se había visto tan numeroso,» estaba reunido. Luis VII, «el dulce rey de Francia (1),» tuvo todavía la candidez de imaginarse que podría conjurar la tempestad. Pleiteó en las entrevistas de Tours y de Heudricourt, pero mal podía testificar el rey de Francia los derechos que tenía el Plantagenet sobre Tolosa. Cuando era él duque de

1159 Aquitania, los había igualmente reivindicado en nombre de la misma mujer Alienor. En junio de 1159 el ejército inglés entró en el Langüedoc, donde de-

(1) *Mansuetus rex Gallie*, como le llama el historiador de Cambrai, contemporáneo, Lamberto Waterlos.

bían ir á encontrarle las tropas del conde de Barcelona.

Luis se había limitado á socorrer al conde de Tolosa. Siguió de cerca á su rival con tropas insuficientes y hombre siempre más bien dispuesto á parlamentar que á combatir. Mientras los soldados de Enrique II se apoderaban de las plazas de la región de Tolosa, una tras otra, y llegaban á instalarse en Cahors, trataba de negociar todavía el asunto en una conferencia habida cerca de Tolosa. No atreviéndose ó no pudiendo librar combate, en país llano, con un enemigo muy superior, se encerró en la ciudad con Raimundo V. Acaeció entonces algo imprevisto: sea que el rey de Inglaterra desesperase de tomar la ciudad, que defendieron con energía sus habitantes, sea que le repugnara atacar á su soberano, resolvió levantar el sitio mientras Luis VII permaneciera en la ciudad. Y como se obstinara en no salir el rey de Francia, el de Inglaterra se retiró. Becket, que había tildado de «vanas supersticiones» los escrúpulos de su señor, permaneció en el Langüedoc con Enrique de Essex, el condestable, para fortificar Cahors y conservar el país conquistado.



Sello de la Encomienda de los templarios

Luis VII había salvado á su cuñado, pero no por esto dejaba él mismo de correr grandes riesgos. Mientras estaba en Tolosa, Thibaut V, conde de Blois y senescal de Francia, se pasaba al enemigo y recibía de Enrique II la misión de inquietar al rey de Francia en sus posesiones. Simón de Montfort, conde de Evreux (2), gran propietario en país normando como en país francés, hacía traición á su vez y permitía á los ingleses establecerse á unas leguas de París, en los castillos de Montfort-l'Amauri, de Rochefort y de Epernon. Enrique II, vuelto al Mediodía, invade los países de Beauvais y se apodera de Gerberoi. El rey de Francia, cercado en París, apenas si podía comunicarse fácilmente con Orleans y Etampes. La monarquía de los Capetos retrocedía un siglo.

Por estos tiempos perdió Luis su segunda mujer, Constanza (4 de octubre de 1160), que únicamente le dejaba una hija. Al cabo de cinco semanas de viudedad, había vuelto á casarse con Adela de Champaña; unión política, por lo demás, que le aseguraba el apoyo de los cuatro príncipes de Champaña, hijos de Thibaut el Grande. Enrique, airado, correspondió haciendo celebrar el matrimonio de su hijo mayor con la pequeña Margarita de Francia. Entre los dos no tenían los esposos más que nueve años. Pero el rey de Inglaterra estaba impaciente por echar mano de la dote, es decir, del Vexin entregado por los templarios. ¿Qué podía hacer Luis VII contra un enemigo que estaba decidido á marchar sobre París y dar el golpe decisivo? Firmó una tregua y firmó finalmente una paz definitiva aceptando cuanto había sido hecho, abandonando Gisors y hasta sacrificando á su cuñado de Tolosa. ¡Decepción humillante! Pero se trataba de vivir y de evitar el desastre supremo! Fué milagro que Luis VII lo lograra.

(2) El padre del vencedor de los albigenses.

II.—Luis VII y Federico Barbarroja. El incidente de Saint-Jean-de-Losne (1).

Otro peligro amenazaba al Capeto. Hasta mediados del siglo XII, franceses y alemanes, separados por el antiguo reino de Arlés y su feudo casi independiente, no habían estado casi nunca en contacto. No cabe duda que sabían unos de otros; que se amenazaban desde lejos; de cuando en cuando sus reyes se encontraban para parlamentar sobre los puentes ó en las islas de los ríos limítrofes. Pero no se había producido ningún conflicto grave. Los césares germánicos, ocupados en los negocios interiores de su reino y en sus expediciones más allá de los Alpes, no podían contar seriamente con extenderse del otro lado del Mosa ó del Saona. Enrique V había hecho por casualidad en 1125 una demostración guerrera que se extinguió instantáneamente al comprender los alemanes que existía en Francia una casa real nacional pronta á rechazar los ataques de los invasores. Sin embargo, la cruzada de Luis VII y de Conrado III parecía como haber revelado una antipatía entre ambos bandos. Y no se hizo esperar el momento en que la política imperial comenzó á ser peligrosa para los franceses y para su rey.

En 1151, Federico I Barbarroja fué nombrado emperador. Tenía todas las ambiciones imperiales. Quiso subordinar la Iglesia al Estado: miraba á Roma como la capital del Imperio; al Papa, como el primero de los obispos imperiales, y á Italia y Sicilia, como dos anexas de la Germania. Sus predecesores se habían contentado con ejercer una supremacía nominal sobre el reino de Arlés: él tuvo la idea fija de hacer del valle del Ródano un país obediente, atado por estrechos lazos al Imperio. Poco le importaba que se hablara francés en esa región de la Borgoña, del Delfinado y la Provenza y que el rey de Francia tuviera pretensiones sobre la ribera del Saona y del Ródano y sobre la gran villa de Lyon. Federico conocía la debilidad de Luis VII. Buscó con una tenacidad apasionada la sumisión del rey de Arlés: viajes frecuentes atravesando el Jura; cortes generales en Besançon y en Viena, obligando á los barones y obispos á jurarle fidelidad, y por último, privilegios concedidos á los frailes y á los clérigos. Influyendo por todos los medios, rigores ó caricias, sobre ese feudo acostumbrado á la autonomía, estableció, para acabar de dominarlo, virreyes salidos de la familia de los condes de Borgoña, ó de la de los Zähringen, representantes abnegados de los intereses imperiales.

En 1156, el 10 de junio, casó con la heredera de uno de los condes borgoñones, Beatriz, y un año después, en la dieta solemne de Besançon, Federico y su mujer comparecieron, rodeados de la nobleza y clero de la región, de los feudos alemanes y de los enviados de la mayor parte de los reyes de Europa: fué un verdadero triunfo. Luis VII, que de hecho no era ya el rey

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Wissowa, *Politische Beziehungen zwischen England und Deutschland bis zum Untergange der Stauffer*, 1889. Reuter, *Geschichte Alexanders III und der Kirche seiner Zeit*, tomo I, 1860-1864. Prutz, *Kaiser Friedrich I*, 1871-1874. Hüffer, *Das Verhältniss des Königreichs Burgund zu Kaiser und Reich*, 1879. P. Fournier, *Le Royaume d'Arles*, 1892. Sternfeld, *Das Verhältniss des Arelats zu Kaiser und Reich*, 1881. D'Arbois de Jubainville, *Histoire des ducs et comtes de Champagne*, tomo II.

de la Francia occidental, perdía ahora toda esperanza sobre la porción del Este. Los feudatarios colocados en los límites de ambos Estados, como los condes de Macón y de Chalón, el señor de Beaujeu y el arzobispo de Lyon, se hacían súbditos del Imperio: hasta los altos barones de alcurnia francesa, parientes del rey de Francia, el conde de Champaña Enrique *el Liberal* y el duque de Borgoña Eudo II, se hacían en secreto aliados de Barbarroja.

Si Enrique II y Federico se daban la mano, era un hecho la aniquilación del rey francés. Y este nuevo peligro comenzaba á ser una amenaza. Cuando el matrimonio de Federico, Enrique le había enviado con sus felicitaciones regalos de subido precio. Federico le dió las gracias y le propuso una alianza, cuya idea aceptó el Plantagenet con entusiasmo. Dicha alianza se concluyó en 1157, el 17 de julio, en Wurzburg. El rey de Francia hizo entonces algunos preparativos para defenderse, por lo ménos, de una invasión. En Troyes, de Champaña, nueve obispos franceses se reunieron á la cabeza de las milicias de sus diócesis. Luis avanzó hasta Dijón para procurarse una entrevista con el emperador. Federico se negó á ello y los cancilleres de ambos reyes se encontraron inútilmente en el lugar de cita de sus señores. La situación se hacía cada vez más crítica para el rey de Francia, cuando sobrevino un acontecimiento que tal vez le salvó, separando bruscamente á Enrique II de Federico.

A la muerte de Adriano IV (1159), dos papas son elegidos al mismo tiempo: el cardenal Roland con el nombre de Alejandro III, y el cardenal Octaviano con el de Víctor IV. Víctor estaba sostenido por el partido imperialista; Alejandro por la mayoría de los cardenales, por el clero hostil á las pretensiones germánicas y otros aliados, que encontró rápidamente, porque la eterna rivalidad de los dos poderes imperial y pontifical se complicaba con la cuestión de la independencia de dos ciudades lombardas y del municipio romano. Se trataba de ver si las teorías absolutistas que el César alemán y sus legistas habían proclamado en Roncaglia tendrían aplicación; si la Italia sería una simple provincia del Imperio y si las ciudades italianas sufrirían la tiranía del extranjero. Se dió este nuevo espectáculo: el emperador de Alemania á la zarpa con una liga de burgueses asociados al papa para defender su libertad.

Cuando Federico hubo arrasado á Milán (1162) y forzado al papa Alejandro III á dejar su sitio al antipapa, retirándose á Francia, parecía que toda la cristiandad no hubiera de hacer otra cosa sino inclinarse delante de él. Pero entonces conoció que la conciencia religiosa era una fuerza incomprensible. Nada grande y duradero podía hacerse en aquel tiempo sin tener de su parte la opinión de los creyentes y del clero. Desde el día en que Alejandro III estuvo fuera de Italia, al abrigo de las asechanzas del Imperio, el Papado volvió á recobrar sus ventajas. Y el rey de Francia, que le daba asilo, encontró el prestigio moral que enalteció su dinastía.

Antes de refugiarse en Francia, Alejandro III había procurado conciliarse los dos soberanos que se repartían su autoridad y su territorio. Dióse sobre todo á ganarse la voluntad del rey de Inglaterra, convencido de que, si llegaba á hacerse reconocer de Enrique II y á

separarle de Federico, el partido imperialista sufriría un rudo golpe. Por otra parte, podía contar sobre seguro con la adhesión del devoto Luis VII, interesado en crear dificultades al emperador en el reino de Arlés, donde una parte del clero rechazaba al antipapa Víctor.

Ya antes de su advenimiento Alejandro III estaba en relaciones de intimidad con el obispo de Beauvais, Enrique de Francia, hermano del rey. Hizo de este príncipe el encargado de sus negocios y lo elevó á la silla arzobispal de Reims, vacante á fines del año 1161. La diplomacia pontifical tuvo, pues, desde luego, éxito

Vexin, sino con los enviados de Roma igualmente que recibieron orden de desalojar sus tierras y la de sus barones.

Con estos contratiempos, desembarca Alejandro III en Maguelonne y se dirige luego á Montpellier, donde los del Langüedoc le hacen una recepción entusiasta. Encuentra allí enviados del rey encargados indudablemente de añadir á las amabilidades oficiales algunas palabras sobre el asunto del matrimonio. Alejandro les recibe bastante mal y no les da la reparación que Luis VII se creía con derecho á esperar. Más tarde, cuando cono-



Sello del emperador Federico I

completo. Los reyes de Francia y de Alemania sólo se habían hecho representar *formalmente* en el concilio de Pavia (febrero de 1160), en que Federico había convocado al episcopado favorable á la causa imperial y al antipapa. Sus delegados respectivos tenían la misión de ver simplemente «lo que pasaba» y de no declararse por Víctor IV. Enrique II en Neufmarché y Luis VII en Beauvais hicieron proclamar solemnemente por sus obispos la legitimidad de Alejandro III. Fué el primer fracaso grave que sufrió la política de Federico.

Sin embargo, algunos meses después de la declaración del clero francés se supo que Luis VII aceptaba una entrevista con Federico para discutir, en asamblea solemne á la que debían acudir la nobleza y clero de la Europa entera, el asunto de la doble elección de 1159 y tomar de común acuerdo las medidas que debían poner término al cisma. Este paso atrás imprevisto era el resultado de una imprudencia cometida por el papa ó sus legados. Estos, preocupados sobre todo de contentar al rey de Inglaterra, dieron su asentimiento al acto de deslealtad cometido por Enrique II cuando hizo proceder al matrimonio de la pequeña Margarita de Francia con su hijo mayor. Luis VII se enojó no sólo con los templarios, guardadores infieles de los castillos del

ció los rumores que corrían acerca de la avenencia del rey de Francia y del emperador, se dispuso á enmendar la falta cometida. En vez de enviar á Luis una diputación de cardenales, rogó al arzobispo de Reims, Enrique de Francia, y á otros dos obispos bien avisados, que fueran sus intermediarios cerca de su señor. Luis y Federico se habían puesto de acuerdo en principio sobre la necesidad de una entrevista que debía celebrarse en un puente del Saona, en Saint-Jean-de-Losne. Y con gran espanto de Alejandro y de sus partidarios iban á sucederse los acontecimientos con una rapidez que el propio Luis VII no había deseado ni previsto.

El rey de Francia, ese hombre de una candidez de paloma, como le llama un cronista, fué ciertamente víctima de una intriga. Existía en su corte un partido germanófilo cuyos jefes eran su cuñado, Enrique *el Liberal*, conde de Champaña, y Manasés de Gariande, obispo de Orleans. Estos aprovecharon su disenso con Alejandro para complicarle más de lo que él mismo deseaba con el emperador Federico. Luis VII, que no abrigaba ningún prejuicio, quería examinar sinceramente con el emperador las pretensiones de los dos competidores. El obispo entregó al conde de Champaña la orden de trasladarse al lado del rey, y juntamente con